

El granjero de las estrellas

Robert A. Heinlein

Traducción:
Anna Macip Macip



Para Sandy

Índice

Tierra	9
El monstruo de ojos verdes	24
Nave espacial Bifrost	45
Capitán DeLongPre	57
Capitán Harkness	73
$E = MC^2$	82
Exploradores en el espacio	96
Problemas	108
Las lunas de Júpiter	121
La tierra prometida	135
Aparceros	147
Abejas y ceros	158
Johnny Appleseed	179
Tierra propia	191
¿Por qué vinimos?	217
Alineación	227
Desastre	246
Grupo de pioneros	264
La otra gente	284
En casa	305

Nuestra compañía había estado en las Sierras Altas ese día y regresábamos con retraso. Habíamos despegado del campamento puntualmente, pero el control de tráfico nos desvió hacia el este para esquivar el mal tiempo. No me hizo gracia; normalmente papá no comía si yo no había llegado a casa.

Además, me habían endosado a un nuevo chico de copiloto; mi copiloto habitual y ayudante de jefe de patrulla estaba enfermo, así que nuestro jefe de exploradores, el señor Kinski, me había enviado a este imbécil. El señor Kinski viajaba en el otro helicóptero con la patrulla Jaguar.

—¿Por qué no aceleras un poco? —preguntó el imbécil.

—¿Has oído hablar de las normas de tráfico? —le pregunté.

El helicóptero estaba en modo automático, controlado desde tierra, y viajaba lentamente y a velocidad constante mientras descendía por una ruta de carga en la que nos habían metido.

El imbécil se rió.

—Siempre puedes tener una emergencia... Mira... te lo mostraré. —Conectó el micrófono—. Zorro Ocho Tres llamando a Tráfico...

Lo apagué, y luego volví a conectar cuando Tráfico respondió y les dije que habíamos llamado por error. El imbécil parecía indignado.

—¡Vaya con el niño bueno de mamá! —dijo en tono empalagoso.

Eso era justo lo que no me tenía que decir.

—Vete a popa —le dije— y dile a Slats Keifer que venga aquí.

—¿Por qué? Él no es piloto.

—Tú tampoco, en mi opinión. Pero pesa lo mismo que tú y quiero mantener este cacharro equilibrado.

Volvió a acomodarse en su asiento.

—El viejo Kinski me ha asignado como copiloto; aquí me quedo.

Conté hasta diez y lo dejé correr. La cabina del piloto en una nave en el aire no era lugar para una pelea. No nos dijimos nada más hasta que aterricé en la plataforma Diego Norte y apagué las toberas.

Fui el último en salir, por supuesto. El señor Kinski nos estaba esperando pero no lo vi; solo veía al imbécil. Lo agarré por el hombro.

—¿Quieres repetir ese comentario ahora? —le pregunté.

El señor Kinski apareció de la nada, se interpuso entre nosotros y dijo:

—¡Bill! ¡Bill! ¿Qué significa esto?

—Yo... —empecé a decir que iba a romperle los dientes al imbécil de una bofetada, pero me lo pensé mejor.

El señor Kinski se volvió hacia el imbécil.

—¿Qué ha pasado, Jones?

—¡No he hecho nada! Pregúnteselo a quien quiera.

Estuve a punto de decir que podía decirle eso al Consejo de pilotos. La insubordinación en el aire era un asunto grave. Pero ese «pregúnteselo a quien quiera» me detuvo. Nadie más había visto ni oído nada.

El señor Kinski nos miró a los dos, y luego dijo:

—Reúne a tu patrulla y ordénales que se retiren, Bill. Lo hice y me fui a casa.

Con todo, estaba cansado y nervioso cuando llegué a casa. Había escuchado las noticias de camino a casa; no eran buenas. Habían reducido la ración otras diez calorías... lo que hizo que tuviera todavía más hambre y me recordó que no había estado en casa para prepararle la cena a papá. El locutor prosiguió y dijo que la nave espacial *Mayflower* finalmente había empezado a volar, y que se habían abierto las listas para los emigrantes. Eran bastante afortunados, pensé. Sin raciones escasas. Sin imbéciles como Jones.

Y un planeta completamente nuevo.

George, mi padre, estaba sentado en el apartamento, revisando algunos papeles.

—Hola, George —le dije—, ¿ya has comido?

—Hola, Bill. No.

—Tendré la cena lista enseguida. —Fui a la despensa y vi que tampoco había almorzado. Decidí ponerle comida de más.

Saqué dos bistés sintéticos del congelador y los puse a descongelar, añadí una patata asada de Idaho grande para papá y una más pequeña para mí, luego saqué un paquete de ensalada y dejé que se calentara a temperatura ambiente.

Cuando eché el agua hirviendo encima de las dos pastillas de sopa y del café en polvo, los bistecs ya estaban listos para la parrilla. Los puse, dejé que se cocinaran a temperatura media, y subí la potencia del descongelador para que las patatas estuvieran listas cuando los bistés estuvieran hechos. Luego abrí otra vez el congelador para sacar un par de porciones de tarta helada de postre.

Las patatas estaban listas. Eché un vistazo rápido a las cuentas de mis raciones, decidí que nos lo podíamos permitir y añadí un par de bolas de margarina. La parrilla estaba chisporroteando; retiré los bistés, lo limpié todo y encendí las velas, como lo hubiera hecho Anne.

—¡Ya está listo! —grité, y me volví para apuntar las calorías y los puntos de los envoltorios de cada cosa, antes de tirar los envoltorios en el incinerador. De esa manera nunca te hacías un lío con las cuentas.

Papá se sentó mientras yo terminaba. Tiempo transcurrido desde el principio: dos minutos y veinte segundos... Cocinar no tiene ningún secreto; no entiendo por

qué las mujeres protestan tanto. No son sistemáticas, probablemente.

Papá olió los bistés y sonrió.

—¡Oh, hijo! Bill, nos vas a arruinar.

—No te preocupes —dije—. Todavía nos sobran para este trimestre. —Luego fruncí el ceño—. Pero el trimestre que viene no nos sobraré a menos que dejen de reducir las raciones.

Papá se detuvo con un trozo de bisté a medio camino de la boca.

—¿Otra vez?

—Otra vez. Mira, George, no lo entiendo. Este año ha habido una buena cosecha y además empezó a funcionar la planta de levadura de Montana.

—Sigues todas las noticias del comisario, ¿verdad, Bill?

—Naturalmente.

—¿Te fijaste en los resultados del censo chino? Compruébalo en tu regla de cálculo.

Sabía a qué se refería... y de repente el bisté me supo a goma vieja. ¿Qué sentido tiene ser diligente si alguien en el otro lado del planeta va a frustrar todos tus esfuerzos?

—¡Esos malditos chinos deberían dejar de tener hijos y empezar a cultivar comida!

—No son solo ellos, Bill.

—Pero... —me callé. George tenía razón, normalmente la tiene, pero por alguna razón no me parecía justo—. ¿Has oído hablar del *Mayflower*? —La voz de

papá se volvió cautelosa de repente, lo que me sorprendió. Desde que murió Anne (Anne era mi madre), George y yo hemos estado tan unidos como pueden estarlo dos personas.

—Bueno, sé que ya funciona, eso es todo. Han empezado a elegir emigrantes.

—Bueno —volvía a tener ese tono cauteloso—, ¿qué has hecho hoy?

—Poca cosa. Caminamos unos ocho kilómetros hacia el norte del campamento y el señor Kinski puso pruebas a algunos de los chicos. Vi un puma.

—¿De verdad? Creía que no quedaba ninguno.

—Bueno, creo que vi uno.

—Entonces es probable. ¿Qué más?

Vacilé un instante y luego le hablé de ese imbécil de Jones.

—Ni siquiera es miembro de nuestra compañía. ¿Cómo se atreve a interferir en mi manera de pilotar?

—Has hecho lo que debías, Bill. Parece que este imbécil de Jones, como tú lo llamas, es demasiado joven para que le den un carné de piloto.

—De hecho, es un año mayor que yo.

—En mis tiempos tenías que tener dieciséis años antes de que pudieras siquiera intentar conseguir el carné.

—Los tiempos cambian, George.

—Así es. Así es.

Papá, de repente, puso cara triste y yo comprendí que estaba pensando en Anne. Dije apresuradamente:

—Tenga edad o no, ¿cómo consigue un insecto como Jones pasar el test de estabilidad emocional?

—Los tests psicológicos no son perfectos, Bill. Tampoco las personas. —Papá se reclinó y encendió su pipa—. ¿Quieres que limpie yo esta noche?

—No, gracias. —Siempre lo preguntaba; yo siempre le decía que no. Papá es despistado; tira los puntos de las raciones en el incinerador sin darse cuenta. Cuando yo limpio, lo hago bien—. ¿Te apetece una partida de *cribbage*?

—Te voy a dar una paliza.

—¿Tú y quién más? —Tiré la basura, quemé los platos y fui al salón. Estaba sacando el tablero y las cartas.

No estaba concentrado en el juego. Yo ya estaba de vuelta antes de que él se pusiera en marcha. Finalmente dejó las cartas y me miró directamente.

—Hijo...

—¿Qué? Quiero decir, ¿sí, George?

—He decidido emigrar con el *Mayflower*.

Se me cayó el tablero de *cribbage*. Lo recogí, solté el acelerador e intenté enderezar mi vuelo.

—¡Esto es genial! ¿Cuándo nos vamos?

Papá dio una calada furiosa a su pipa.

—De eso se trata, Bill. Tú no irás.

No sabía qué decir. Papá nunca me había hecho nada como eso hasta entonces. Me quedé allí sentado, moviendo la boca como un pez. Finalmente conseguí decir:

—Papá, será una broma.

—No, no lo es, hijo.

—Pero, ¿por qué? Respóndeme a esa pregunta: ¿por qué?

—Mira, hijo...

—Llámame Bill.

—De acuerdo, Bill. Una cosa es que yo decida probar suerte con la vida colonial, pero no tengo ningún derecho a arrastrarte conmigo. Tienes que terminar tu educación. No hay buenas escuelas en Ganímedes. Terminas los estudios, y luego, cuando seas mayor, si quieres emigrar, es asunto tuyo.

—¿Esa es la razón? ¿Esa es la única razón? ¿Que vaya a la escuela?

—Sí. Te quedas aquí y consigues un título. También me gustaría que hicieras el doctorado. Luego, si quieres, puedes venir conmigo. No habrás perdido tu oportunidad; los candidatos con parientes directos allí tienen prioridad.

—¡No!

Papá parecía decidido.

También yo, supongo.

—George, te digo que si me dejas aquí no servirá de nada. No voy a ir a la escuela. Puedo aprobar los exámenes para la ciudadanía de tercera clase ahora mismo. Luego podría conseguir un permiso de trabajo y...

Me interrumpió.

—No vas a necesitar un permiso de trabajo. Ya me he encargado de tu mantenimiento, Bill. Vas...

—¡«De mi mantenimiento»! ¿Crees que voy a tocar un crédito tuyo si te vas y me dejas? Viviré de mi paga de estudiante hasta que apruebe los exámenes y obtenga mi tarjeta de trabajo.

—¡Baja el tono, hijo! —Prosiguió—. Estás orgulloso de ser un explorador, ¿verdad?

—Bueno... sí.

—Creo recordar que los exploradores tienen que ser obedientes. Y también corteses.

Ese fue un golpe inesperado. Tenía que pensar.

—George...

—¿Sí, Bill?

—Perdóname si he sido un grosero. Pero la ley de los exploradores no se hizo para que fuera más fácil abusar de un explorador. Mientras viva en tu casa haré lo que me digas. Pero si me abandonas, ya no tendrás derecho a reclamarme nada. ¿No te parece justo?

—Sé razonable, hijo. Lo hago por tu bien.

—No cambies de tema, George. ¿Es justo o no? Si te marchas a cientos de millones de kilómetros de distancia, ¿cómo esperas controlar mi vida cuando te hayas ido? Estaré solo.

—Seguiré siendo tu padre.

—Los padres y los hijos deberían permanecer unidos. Según recuerdo, los padres que llegaron en el *Mayflower* original trajeron a sus hijos consigo.

—Esto es diferente.

—¿Por qué?

—Está más lejos, increíblemente más lejos... y es más peligroso.

—Ese viaje también fue peligroso... La mitad de la colonia de Plymouth Rock murió durante el primer invierno; todo el mundo lo sabe. Y la distancia no significa nada; lo que importa es cuánto se tarda. Si tuviera que haber regresado a pie esta tarde, dentro de un mes todavía estaría caminando. Los peregrinos tardaron sesenta y tres días en cruzar el Atlántico, o al menos eso fue lo que me enseñaron en la escuela..., pero esta tarde el locutor dijo que el *Mayflower* llegará a Ganímedes en sesenta días. Eso hace que Ganímedes esté más cerca de lo que estaba Londres de Plymouth Rock.

Papá se levantó y apagó la pipa.

—No voy a discutir contigo, hijo.

—Ni yo tampoco. —Respiré profundamente. No debería haber dicho lo que dije a continuación, pero estaba rabioso. Nunca me habían tratado de esa manera hasta entonces y supongo que quería devolverle el dolor—. Pero te puedo decir una cosa: no eres el único que está harto de raciones escasas. Si crees que me voy a quedar aquí mientras tú estás comiendo como un rey en las colonias, será mejor que lo pienses dos veces. Creía que éramos socios.

Esto último fue lo más mezquino de todo y debería haberme avergonzado. Era lo que me había dicho el día siguiente a la muerte de Anne, y así es como había sido siempre.

En el mismo instante en que lo dije comprendí por qué George tenía que emigrar y supe que no tenía nada que ver con los puntos de las raciones. Pero no sabía cómo retractarme.

Papá me miró fijamente. Luego dijo con voz tranquila:

—¿Crees que las cosas son así? ¿Qué quiero marcharme para poder dejar de saltarme la comida cuando quiero ahorrar puntos de la ración?

—¿Por qué si no? —respondí. Me había quedado atascado; no sabía qué decir.

—Mmm... Bueno, si eso es lo que crees, Bill, no puedo decirte nada. Creo que me voy a la cama.

Me fui a mi habitación con un sentimiento de confusión interior. Echaba tanto de menos que mi madre estuviera allí que me dolía, y sabía que George sentía lo mismo. Ella nunca habría permitido que llegáramos al punto de gritarnos... y al menos yo había gritado. Además, nuestra relación se había roto, nunca volvería a ser la misma.

Me sentí mejor después de una ducha y un largo masaje. Sabía que nuestra relación no podía romperse de verdad. A la larga, cuando George viera que yo tenía que ir, no dejaría que la universidad se interpusiera en el camino. Estaba seguro de eso... bueno, bastante seguro por lo menos.

Empecé a pensar en Ganímedes.

¡Ganímedes!

¡Pero si ni siquiera había ido a la Luna!

Había un chico en mi clase que había nacido en la Luna. Sus padres todavía estaban allí; a él lo habían enviado para que fuera a la escuela. Se daba aires de hombre del espacio exterior. Pero la Luna estaba a menos de medio millón de kilómetros de distancia; prácticamente le podías tirar piedras. No se autoabastecía; la colonia de la Luna tenía las mismas raciones que la Tierra. En realidad era parte de la Tierra. ¡Pero Ganímedes...!

Veamos... Júpiter estaba a ochocientos millones de kilómetros de distancia, más o menos, según la época del año. ¿Qué era la minúscula distancia hasta la Luna en comparación con un salto como ese?

De repente no era capaz de recordar si Ganímedes era la tercera o la cuarta luna de Júpiter. Y lo tenía que saber ya. Había un libro en el salón que lo diría, además de muchas más cosas: *Un recorrido por las colonias de la Tierra*, de Ellsworth Smith. Fui a buscarlo.

Papá no se había ido a la cama. Estaba levantado, leyendo. Dije:

—Ah... hola —y fui a buscar el libro. Él asintió con la cabeza y siguió leyendo.

El libro no estaba donde tendría que haber estado. Me volví y papá dijo:

—¿Qué buscas, Bill?

Entonces vi que lo estaba leyendo. Dije:

—Oh, nada. No sabía que lo tenías tú.

—¿Esto? —Lo levantó.

—No importa. Encontraré otra cosa.

—Toma. Ya he terminado con él.

—Bueno... Está bien, gracias. —Lo tomé y me fui.

—Espera un minuto, Bill.

Me detuve.

—He tomado una decisión, Bill. No voy a ir.

—¿Qué?

—Tenías razón en lo de que éramos socios. Este es mi lugar.

—Sí, pero... Mira, George, siento haber dicho lo que dije sobre las raciones. Sé que esa no es la razón. La razón es... bueno, que tienes que ir. —Quería decirle que sabía que la razón era Anne, pero tenía miedo de que si decía el nombre de Anne en voz alta me pondría a llorar.

—¿Quieres decir que estás dispuesto a quedarte aquí e ir a la escuela?

—Ah... —No estaba nada dispuesto a decir eso; me moría de ganas de ir—. No era eso lo que quería decir exactamente. Quería decir que sé por qué quieres ir, por qué tienes que ir.

—Mmm... —Encendió la pipa con mucha calma—. Entiendo. O quizá no. —Luego añadió—. Digámoslo así, Bill. La sociedad se mantiene. O vamos los dos, o los dos nos quedamos, a menos que decidas por propia voluntad que te quedarás hasta tener tu título y que te reunirás conmigo más tarde. ¿Te parece justo?

—¿Eh? ¡Oh, sí!

—Pues ya hablaremos de ello.

Dije buenas noches y me metí en mi habitación rápidamente.

William, chico, me dije a mí mismo, lo tienes prácticamente en el bolsillo. Si puedes evitar que se te ablande el corazón y te avengas a una separación. Me metí en la cama y abrí el libro.

Ganímedes era Júpiter-III; tendría que haberlo recordado. Era más grande que Mercurio, mucho más grande que la Luna, un planeta respetable, a pesar de ser un satélite. La gravedad en superficie era un tercio de la de la Tierra; allí yo pesaría veinte kilos. Se estableció contacto por primera vez en 1985 —eso ya lo sabía— y el proyecto para su atmósfera, iniciado en 1998, había estado en funcionamiento desde entonces.

En el libro había un estereograma de Júpiter tal como se veía desde Ganímedes: redondo como una manzana, naranja rojizo, y achatado en ambos polos. Y muy grande. Hermoso. Me quedé dormido mientras lo miraba.

Papá y yo no tuvimos la oportunidad de hablar durante los tres días siguientes porque pasé ese tiempo con mi clase de geografía en la Antártida. Regresé con la nariz congelada, algunas fotos fantásticas de pingüinos... y ciertas ideas revisadas. Había tenido tiempo para pensar.

Papá se había hecho un lío con el libro de cuentas, como de costumbre, pero se había acordado de guardar los envoltorios y no tardé demasiado en arreglarlo todo. Después de la cena dejé que me ganara un par de partidas, antes de decirle:

—Mira, George...

—¿Sí?

—¿Sabes eso de lo que estuvimos hablando?

—Sí, claro.

—Las cosas son así. Soy menor de edad; no puedo ir si tú no me dejas. A mí me parece que deberías dejarme ir, pero si no lo haces, no voy a dejar los estudios. En cualquier caso, tú deberías ir... necesitas ir... y sabes por qué. Solo te pido que lo vuelvas a pensar y me lleves contigo, pero no me voy a comportar como un niño por eso.

Papá parecía casi avergonzado.

—Es todo un discurso, hijo. ¿Quieres decir que estás dispuesto a dejar que me vaya, a quedarte aquí, e ir a la escuela sin protestar?

—Bueno, «dispuesto» no..., pero me aguantaría.

—Gracias. —Papá hurgó en su bolsillo y sacó un documento —. Échale un vistazo a esto.

—¿Qué es?

—Una copia del expediente de tu solicitud para emigrar. La envié hace dos días.

El monstruo de ojos verdes

No estuve concentrado en la escuela los días siguientes. Papá me advirtió de que no me pusiera nervioso por eso; todavía no habían aceptado nuestras solicitudes.

—¿Sabes, Bill?, presenta la solicitud diez veces más gente de la que puede ir.

—Pero la mayoría quieren ir a Venus o Marte. Ganímedes está demasiado lejos; eso asusta a los médicas.

—No me refería a las solicitudes para todas las colonias; me refería a las solicitudes para Ganímedes, y en especial para este primer viaje del *Mayflower*.

—Incluso así no me vas a asustar. Solo una décima parte aproximadamente cumple los requisitos. Así es como ha sido siempre.

Papá asintió. Dijo que esta era la primera vez en la historia que estaban haciendo un esfuerzo para seleccionar a los mejor preparados para la colonización en lugar de utilizar las colonias como vertedero para los inadaptados, los criminales y los fracasados. Luego añadió:

—Pero mira, Bill, ¿qué te hace creer que tú y yo vamos a cumplir los requisitos por fuerza? Ninguno de los dos es un superhombre.

Eso me sentó como un cubo de agua fría. No se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que no fuésemos lo suficientemente buenos.

—¡George, no pueden rechazarnos!

—Sí pueden y es posible que lo hagan.

—¿Pero cómo? Necesitan ingenieros allí fuera y tú eres de los mejores. Yo... no soy un genio, pero no me va mal en la escuela. Los dos estamos sanos y no tenemos ninguna mutación rara; no somos daltónicos ni hemofílicos ni nada por el estilo.

—Ninguna mutación rara que sepamos —respondió papá—. Sin embargo, estoy de acuerdo en que parece que hicimos un buen trabajo al elegir a nuestros abuelos. No estaba pensando en algo tan evidente.

—Bueno, entonces, ¿qué? ¿Qué problema nos podrían encontrar?

Jugueteó con su pipa como hacía siempre que no quería contestar de inmediato.

—Bill, cuando busco una aleación de acero para un trabajo, no basta con decir: «Bueno, es un bonito trozo de metal reluciente; vamos a utilizarlo». No, tengo en cuenta una lista de pruebas tan larga como tu brazo, que me lo dice todo sobre esa aleación, para qué es buena y qué puedo esperar exactamente en las circunstancias particulares en las que quiero utilizarla. Ahora, si tuvie-

ras que escoger gente para la dura tarea de la colonización, ¿qué buscarías?

—Mmm... No lo sé.

—Yo tampoco. No soy un experto en psicometría social. Pero decir que quieren gente sana con una educación aceptable es como decir que yo prefiero el acero a la madera para un trabajo. No se especifica qué tipo de acero. O puede ser que lo que se necesite no sea acero; puede ser aleación de titanio. Así que no te hagas demasiadas ilusiones.

—Pero... Bueno, mira, ¿qué podemos hacer?

—Nada. Si no nos eligen, entonces convéncete a ti mismo de que eres una clase de acero de primera calidad y que no tienes la culpa de que ellos quisieran magnesio.

Estaba muy bien verlo de esta manera, pero me preocupaba. Sin embargo, no dejé que se notara en la escuela. Ya había hecho saber a todo el mundo que nos habíamos presentado para ir a Ganímedes; si no íbamos... bueno, sería un poco embarazoso.

Mi mejor amigo, Duck Miller, estaba muy emocionado con el asunto y estaba decidido a ir también.

—¿Pero cómo piensas ir? —le pregunté—. ¿Tus padres quieren ir?

—He estado investigando —respondió Duck—. Lo único que necesito es una persona adulta que me haga de padrino, un tutor. Si pudieras conseguir que tu padre firmara para mí, está hecho.

—¿Pero qué dirá tu padre?

—No le importará. Siempre me está diciendo que cuando tenía mi edad ya se ganaba la vida él solo. Dice que un chico debería ser autónomo. Entonces, ¿qué te parece? ¿Hablarás con tu padre... esta noche?

Le dije que lo haría y lo hice. Papá se quedó en silencio un momento, antes de responder:

—¿De verdad quieres que Duck vaya contigo?

—Claro que sí. Es mi mejor amigo.

—¿Qué dice su padre?

—Todavía no se lo ha preguntado —y luego le expliqué lo que pensaba el señor Miller.

—¿Entonces? —dijo papá—. Esperemos a ver qué dice el señor Miller.

—Bueno... Oye, George, ¿significa eso que firmarás para Duck si a su padre le parece bien?

—Eso quiere decir lo que he dicho, Bill. Esperemos. Puede ser que el problema se resuelva solo.

Dije:

— Oh, bueno, quizá el señor y la señora Miller también decidan presentar una solicitud cuando Duck les abra los ojos.

Papá simplemente arqueó una ceja y me miró.

—Digamos que el señor Miller tiene muchos intereses económicos aquí. Creo que sería más fácil levantar un extremo de la presa Boulder con un gato que conseguir que los abandone.

—Tú estás dejando tu negocio.

—No es mi negocio, es mi profesión. Pero no voy a dejarla; me la llevo conmigo.

Vi a Duck en la escuela al día siguiente y le pregunté qué había dicho su padre.

—Olvidalo —me contestó—. El tema está zanjado.

—¿Cómo?

—Mi padre dice que solo a un completo idiota se le ocurriría marcharse a Ganímedes. Dice que la Tierra es el único planeta del sistema apto para ser habitado y que si el Gobierno no estuviera lleno de un puñado de soñadores idealistas, dejaríamos de tirar el dinero para intentar convertir un montón de rocas del espacio en pastos verdes. Dice que ese proyecto está condenado a fracasar.

—Ayer no pensabas eso.

—Eso fue antes de que me dieran la información correcta. ¿Sabes qué? Mi padre me va a hacer su socio. En cuanto termine la universidad me pondrá en la directiva. Dice que no me lo había dicho antes porque quería que aprendiera a ser autónomo y a tener iniciativa, pero cree que había llegado el momento de que lo supiera. ¿Qué te parece?

—Bueno, está bastante bien, supongo. ¿Pero qué es eso de que el «proyecto está condenado a fracasar»?

—¡«Bien» dices! Bueno, mi padre dice que es absolutamente imposible mantener una colonia permanente en Ganímedes. Es un punto de apoyo peligroso, mantenido artificialmente (esas fueron sus palabras exactas), y algún día la maquinaria se estropeará y la colonia entera será aniquilada, con todos y cada uno de sus

miembros, y entonces dejaremos de intentar ir contra la naturaleza.

En ese momento no hablamos más porque teníamos que entrar en clase. Se lo conté todo a papá esa noche.

—¿Y tú qué piensas, George?

—Bueno, tiene algo de razón en lo que dice...

—¿Qué?

—No te adelantes a los acontecimientos. Si todo se estropeará en Ganímedes de golpe y no tuviéramos los medios para repararlo, volvería al estado en que lo encontramos. Pero eso no es todo. La gente tiene la divertida costumbre de entender por «natural» cualquier cosa a la que estén acostumbrados... pero no ha existido ningún entorno «natural», en el sentido en el que usan esa palabra, desde que los hombres bajaron de los árboles. Bill, ¿cuántos habitantes tiene California?

—Cincuenta y cinco, sesenta millones.

—¿Sabías que los habitantes de las primeras cuatro colonias que hubo aquí se murieron de hambre? ¡En serio! ¿Cómo es posible que cincuenta y pico millones de personas vivan aquí y no se mueran de hambre? Salvo por las raciones pequeñas, por supuesto.

Se respondió él mismo:

—Tenemos cuatro plantas de energía atómica a lo largo de la costa solo para convertir el agua del mar en agua potable. Utilizamos hasta la última gota del río Colorado y cada palmo de nieve que cae en las sierras. Y utilizamos un millón más de aparatos. Si esos aparatos se estropearan, si, por ejemplo, un terremoto-

to realmente fuerte averiara las cuatro plantas atómicas, el país volvería a convertirse en un desierto. Y dudo mucho que pudiéramos llegar a evacuar a toda esa gente antes de que la mayoría de ellos muriera de sed. Sin embargo, no creo que el señor Miller se quede despierto por las noches preocupándose por eso. Él ve el sur de California como un buen entorno «natural».

»Depende de eso, Bill. Allá donde el ser humano tenga masa y energía para utilizar y suficiente inteligencia para saber cómo manipularlas, puede crear el entorno que necesite.

No vi a Duck después de ese día. Por entonces recibimos los avisos preliminares para realizar las pruebas de idoneidad para la colonia de Ganímedes y eso nos tuvo bastante ocupados. Además, Duck parecía distinto... o quizá fuera yo. No me podía sacar el viaje de la cabeza y él no quería hablar de eso. O si lo hacía, decía algún comentario que me fastidiaba.

Papá no quería que dejara la escuela mientras no estuviese claro si cumplíamos los requisitos, pero las pruebas eran bastante exigentes. Hicimos la prueba física habitual, por supuesto, con algunos añadidos. Una de aceleración, por ejemplo, que demostró que era capaz de llegar a las ocho gravedades antes de desmayarme. Y otra para comprobar la tolerancia a las bajas presiones y las hemorragias; no querían a gente a quien se le pusiera la nariz roja y tuviera varices. Había muchas más pruebas.

Pero las pasamos. Llegaron las pruebas psicológicas, que eran mucho peores porque nunca sabías lo que se esperaba de ti, y la mitad de las veces ni siquiera sabías que te estaban poniendo a prueba. Empezó con la del hipnoanálisis, que realmente te deja en desventaja. ¿Cómo sabes qué has contado mientras te tienen dormido?

En una ocasión, me tuvieron sentado una eternidad, esperando a que viniera un psiquiatra a visitarme. Cerca de allí había un par de empleados; cuando entré, uno de ellos sacó mi historial médico y psiquiátrico del archivo y lo dejó sobre el escritorio. Entonces, el otro, un pelirrojo con una permanente sonrisa sarcástica, dijo:

—Vale, mocoso, siéntate en ese banco y espera.

Al cabo de un buen rato el pelirrojo empezó a leer mi historial. Enseguida empezó a reírse disimuladamente, se volvió hacia el otro empleado y dijo:

—Eh, Ned, ¡fíjate en esto!

El otro leyó lo que le señalaba y pareció como si también lo encontrara divertido. Vi que me estaban mirando y fingí que no les prestaba atención.

El segundo empleado regresó a su escritorio, pero al momento el pelirrojo fue hacia él con la carpeta y le leyó algo en voz alta, pero lo hizo de tal manera que no pude entender la mayoría de las palabras. Las que sí capté me fastidiaron mucho.

Cuando terminó, el pelirrojo me miró directamente y se rió. Me levanté y dije:

—¿Qué os hace tanta gracia?

Dijo:

—No es asunto tuyo, mocoso. Siéntate.

Me acerqué a él y le dije:

—Déjeme ver eso.

El segundo empleado lo metió en el cajón del escritorio. El pelirrojo dijo:

—El niño de mamá quiere verlo, Ned. ¿Por qué no se lo das?

—En realidad no le conviene verlo —dijo el otro.

—No, supongo que no. —El pelirrojo volvió a reírse y añadió—: Y pensar que quiere ser un valiente colono...

El otro me miró mientras se mordía la uña del pulgar y dijo:

—No creo que sea tan gracioso. Podríamos llevárnoslo como cocinero.

Ese comentario pareció hacerle mucha gracia al pelirrojo.

—Te apuesto lo que quieras a que le queda muy bien el delantal.

Un año antes le habría atizado, a pesar de que era mayor que yo y más alto. Al oír ese comentario sobre el «niño de mamá» se me olvidó todo lo de querer ir a Ganímedes; lo único que quería era borrarle esa estúpida sonrisa de suficiencia de la cara.

Pero no hice nada. No sé por qué; quizá fuera por la práctica que había adquirido controlando a esa panda de asnos, la patrulla Yuca; el señor Kinski dice que quien no es capaz de mantener el orden sin utilizar los puños no puede ser uno de sus jefes de patrulla.

En cualquier caso, me limité a rodear el escritorio e intentar abrir el cajón. Estaba cerrado con llave. Los miré. Los dos sonreían. Yo no.

—Tenía una visita para las trece horas —dije—. Como veo que el doctor no está aquí, díganle que lo llamaré para pedir otra visita. —Y di media vuelta y me marché.

Me fui a casa y se lo conté a George. Simplemente dijo que esperaba que eso no perjudicara mis posibilidades.

Nunca tuve otra visita. ¿Sabéis por qué? No eran empleados; eran psicometristas y había una cámara y un micrófono grabándome todo el rato.

Finalmente George y yo recibimos sendos escritos que decían que cumplíamos los requisitos y que nos habían destinado al *Mayflower* «sujetos a la conformidad con todos los requisitos».

Esa noche no me preocupé por los puntos de las raciones; preparé un auténtico banquete.

Había un folleto sobre los requisitos mencionados. «Pagar todas las deudas», eso no me preocupaba; aparte de medio crédito que le debía a Slats Keifer, no tenía ninguna. «Enviar una fianza de comparecencia», George se ocuparía de eso. «Resolver cualquier acción ante cualquier tribunal de jurisdicción superior», nunca había estado en un tribunal excepto el tribunal de honor. Había una multitud de cosas más, pero George las resolvería.

Encontré un punto que me preocupó.

—George —dije—, aquí dice que la emigración se limita a familias con niños.

Levantó la mirada.

—Bueno, ¿acaso no somos una familia? Si no te importa que te consideren un niño.

—Ah. Puede ser. Creí que significaba un matrimonio con hijos.

—No pienses en eso.

En privado me pregunté si papá sabía de lo que estaba hablando.

Estuvimos algún tiempo ocupados con las inoculaciones, el tipo sanguíneo y las inmunizaciones, y apenas pude ir a clase. Cuando no me estaban metiendo algo o sacando sangre, me sentía mal por la última cosa que me habían hecho. Finalmente tuvimos que tatuarnos el historial médico entero sobre la piel: número de identidad, factor Rh, tipo sanguíneo, tiempo de coagulación, enfermedades que hubiéramos tenido, inmunidades naturales e inoculaciones. Normalmente a las niñas y a las mujeres se lo hacían con tinta invisible que solo se veía con luz infrarroja, o si no, se lo tatuaban en las plantas de los pies.

Me preguntaron dónde lo quería, si lo quería en la planta de los pies. Dije que no, no quería quedarme sin poder caminar; tenía demasiadas cosas que hacer. Decidimos hacerlo en el trasero, y me pasé un par de días comiendo de pie. Parecía un buen lugar, íntimo en cualquier caso. Pero necesitaba un espejo para verlo.

Se nos estaba echando el tiempo encima; se suponía que teníamos que estar en el puerto espacial Mojave el 26 de junio, y para eso faltaban solo dos semanas. Era hora de que eligiera lo que me iba a llevar. El límite era de 26,1 kilos por persona, cosa que no nos habían comunicado hasta tener todos nuestros pesos corporales.

El folleto decía:

«Resuelva sus asuntos terrestres como si se fuera a morir».

Eso es fácil decirlo. Pero cuando te mueres, no te puedes llevar nada, mientras que ahora sí podíamos llevarnos... veintiséis kilos y pico.

La pregunta era: ¿veintiséis kilos de qué?

Mis gusanos de seda los entregué al laboratorio de biología de la escuela e hice lo mismo con las serpientes. Duck quería el acuario, pero no quise dárselo; las dos veces que había tenidos peces los había dejado morir. Los repartí entre dos compañeros de la compañía que ya tenían peces. Los pájaros se los regalé a la señora Fishbein, la vecina. No tenía ni perro ni gato; George dice que a noventa pisos de altura no es lugar para tener pequeños ciudadanos (así es como los llama).

Estaba arreglando el desorden cuando entró George.

—Bueno, —dijo—, es la primera vez que puedo entrar en tu habitación sin una máscara de gas.

No hice caso del comentario; George siempre habla así.

—Todavía no sé qué hacer —le dije, y señalé el montón que había encima de la cama.

—¿Ya has microfilmado todo lo posible?

—Sí, todo menos esta foto. —Era un estereograma de Anne, que pesaba unos setecientos gramos.

—Guárdala, sí. Entiéndelo, Bill, tienes que viajar ligero de equipaje. Somos pioneros.

—No sé qué tirar.

Supongo que parecía desanimado porque me dijo:

—Deja de compadecerte. Yo, yo tengo que dejar esto... y es duro, créeme. —Me enseñó su pipa.

—¿Por qué? —le pregunté—. Una pipa no pesa demasiado.

—Porque no cultivan tabaco en Ganímedes y tampoco lo importan.

—Ah. Mira, George, casi lo tendría solucionado si no fuera por mi acordeón. Pero se pasa.

—Mmm... ¿Has pensado en incluirlo en la lista de bienes culturales?

—¿Qué?

—Lee la letra pequeña. Los bienes culturales aprobados no se cuentan en el programa de peso personal. Se cargan a la colonia.

No me había pasado por la cabeza en ningún momento que yo pudiera tener algo que cumpliera los requisitos.

—¡No me van a dejar, George!

—No te van a excluir solo porque lo intentes. No seas derrotista.

Así que al cabo de dos días me encontraba ante los consejos cultural y científico intentando demostrar que era una aportación valiosa. Toqué *Turkey in the Straw*, el *Opus 81* de Nehru, y la introducción al *Alba del siglo XXII* de Morgenstern, arreglado para acordeón. Y les toqué *Las verdes colinas de la Tierra* como bis.

Me preguntaron si me gustaba tocar para otra gente y me dijeron amablemente que me informarían sobre la decisión del Consejo. Al cabo de una semana recibí una carta que me ordenaba que enviara mi acordeón a la Oficina de Abastecimiento, en Hayward Field. ¡Me habían aceptado, era un «valor cultural»!

Cuatro días antes del despegue, papá llegó pronto a casa —había estado cerrando su oficina— y me preguntó si podíamos preparar algo especial para cenar; teníamos invitados. Dije que suponía que sí; según mis cuentas tendríamos que devolver raciones.

Parecía avergonzado.

—Hijo...

—¿Qué? ¿Sí, George?

—¿Sabes ese punto de las normas sobre las familias?

—Mmm..., sí.

—Bueno, tenías razón, pero no te lo dije y ahora tengo algo que confesarte. Mañana me caso.

Noté una especie de rugido en los oídos. Papá no me habría sorprendido más si me hubiese dado una bofetada.

No supe qué decir. Me quedé allí de pie, mirándolo. Finalmente conseguí reaccionar:

—Pero, George, ¡no puedes hacerlo!

—¿Por qué no, hijo?

—¿Qué pasa con Anne?

—Anne está muerta.

—Pero... Pero... —No podía decir nada más; me metí en mi habitación y me encerré con llave. Me tumbé en la cama e intenté pensar.

Al cabo de un momento oí que papá intentaba abrir el pestillo. Luego llamó con suavidad a la puerta y dijo:

—¿Bill?

No respondí. Al cabo de un rato se fue. Me quedé allí tumbado un poco más. Supongo que lloré, pero no lloraba por la discusión con papá. Era como el día que murió Anne, cuando no lograba meterme en la cabeza que no volvería a verla nunca más. Nunca más vería cómo me sonreía ni oíría cómo me decía: «Ponte derecho, Bill».

Y yo me ponía derecho y ella, con expresión de orgullo, me daba una palmadita en el brazo.

¿Cómo podía hacerlo George? ¿Cómo era capaz de traer a otra mujer a la casa de Anne?

Me levanté y me miré en el espejo y luego entré y me preparé una ducha con programa de masaje. Después me sentí mejor, aunque seguía teniendo el estómago revuelto. La ducha me dejó como nuevo. Por encima de ese sonido me parecía que podía oír a Anne hablándome, pero eso debía ser en mi cabeza.

Me decía: «La espalda derecha, hijo.» —Me volví a vestir y salí.

Papá estaba haciendo una chapuza con la cena, y quiero decir una chapuza de verdad. Se había quemado el pulgar con el aparato de onda corta, no me preguntéis cómo. Tuve que tirar lo que había estado cocinando, todo excepto la ensalada. Saqué más comida y la puse en el ciclo. Ninguno de los dos dijo nada.

Puse la mesa para tres hasta que finalmente papá habló.

—Será mejor que la pongas para cuatro, Bill. Molly tiene una hija, sabes.

Dejé caer un tenedor.

—¿Molly? ¿Te refieres a la señora Kenyon?

—Sí. ¿No te lo había dicho? No, no me diste la oportunidad.

La conocía perfectamente. Era la delineante de papá. También conocía a su hija, una mocosa de doce años. Por alguna razón, que fuera la señora Kenyon me parecía peor, indecente. Bueno, incluso había venido al funeral de Anne y había tenido el descaro de llorar.

Ahora sabía por qué siempre había sido tan simpática conmigo cuando iba a la oficina de papá. Ya le había echado el ojo a George.

No dije nada. ¿Qué podía decir?

Dije «¿Qué tal están?» educadamente cuando llegaron, luego salí y fingí que preparaba la cena. La cena fue algo rara. Papá y la señora Kenyon hablaban y yo respondía cuando se dirigían a mí. No escuchaba. Todavía estaba intentando entender cómo era capaz de algo

así. La mocosa me habló un par de veces, pero enseguida la puse en su lugar.

Después de la cena papá propuso que fuéramos todos a un espectáculo. Rechacé la invitación con la excusa de que todavía tenía asuntos pendientes. Ellos se fueron.

No podía dejar de darle vueltas. Lo mirara por donde lo mirara, me parecía mal.

Primero decidí que al final no iba a ir a Ganímedes, al menos si iban ellas. Papá perdería mi fianza, pero yo trabajaría duro y le devolvería el dinero... ¡No quería deberles nada!

Luego, por fin pude entender por qué lo hacía papá y me sentí algo mejor, pero no mucho. Era un precio demasiado alto.

Papá llegó tarde a casa, solo, y llamó a la puerta de mi habitación. No estaba cerrada con llave y entró.

—¿Y bien, hijo? —dijo.

—¿«Y bien» qué?

—Bill, sé que esto te ha cogido por sorpresa, pero te acostumbrarás.

Me reí, aunque no tenía ganas. ¡Acostumbrarme! Quizá él pudiese olvidar a Anne, pero yo nunca lo haría.

—Mientras tanto —prosiguió—, quiero que te comportes. Supongo que sabes que no podrías haber sido más grosero salvo que les escupieras a la cara.

—¿Yo, grosero? —repuse—. ¿Acaso no les he preparado la cena? ¿No he sido educado?

—Te has portado tan educadamente como un juez que dicta sentencia. E igual de simpático. No te vendría mal una buena patada para recordar tus modales.

Supongo que parecía terco. George siguió:

—Eso ya está hecho; olvidémoslo. Mira, Bill... Con el tiempo te darás cuenta de que es una buena idea. Lo único que te pido es que mientras tanto te comportes. No te pido que te pegues a ellas; insisto en que sigas siendo como siempre, razonablemente educado y amable. ¿Lo intentarás?

—Supongo. —Entonces continué—: Mira, papá, ¿por qué me lo has soltado así, de repente?

Esto pareció avergonzarlo.

—Fue un error. Supongo que lo hice porque sabía que pondrías el grito en el cielo y quería posponerlo.

—Pero yo lo habría entendido si me lo hubieras dicho. Ya sé por qué quieres casarte con ella...

—¿Cómo?

—Tendría que haberlo sabido cuando mencionaste ese punto de las normas. Tienes que casarte para que podamos ir a Ganímedes...

—¿Qué?

Esto me asustó. Dije:

—Es así, ¿no? Tú mismo me lo dijiste. Dijiste...

—¡No dije tal cosa! —Papá se detuvo, respiró profundamente, y luego siguió hablando despacio—. Bill, supongo que es posible que hayas podido tener esa impresión... aunque no me halaga que lo hayas pensado. Ahora te explicaré con detalle cómo es la situación en

realidad: no me caso con Molly para poder emigrar. Vamos a emigrar porque nos casamos. Puede que seas demasiado joven para entenderlo, pero quiero a Molly y Molly me quiere a mí. Si yo quisiera quedarme aquí, ella se quedaría. Como yo quiero ir, ella quiere ir. Ha entendido que necesito romper completamente con mi antiguo entorno. ¿Lo entiendes?

Dije que creía que sí.

—Buenas noches, entonces.

Respondí:

—Buenas noches. —Se dio la vuelta y yo añadí—: George... —Se detuvo.

Sin pensarlo en realidad, dije:

—Ya no quieres a Anne, ¿verdad?

Papá empalideció. Volvió a entrar bruscamente y entonces se detuvo.

—Bill —dijo lentamente—, hace años que no te he puesto la mano encima, pero esta es la primera vez que tengo ganas darte una paliza.

Pensé que iba a hacerlo. Esperé y me dije a mí mismo que si me tocaba, iba a llevarse la sorpresa de su vida. Pero no se acercó más; simplemente cerró la puerta.

Al cabo de un rato me di otra ducha, que no necesitaba, y me fui a la cama. Debí de estar allí tumbado una hora o más, pensando que papá había querido pegarme y lamentando que Anne no estuviera allí para decirme qué debía hacer. Finalmente encendí las luces de baile y las miré fijamente hasta que me quedé dormido.

Ninguno de los dos dijo nada hasta que terminamos de desayunar, aunque no comimos mucho. Por fin, papá dijo:

—Bill, quiero pedirte perdón por lo que dije anoche. No hiciste ni dijiste nada que justificara que te levantara la mano y no tenía que haberlo pensado ni dicho.

Yo dije:

—Oh, no pasa nada. —Lo pensé y añadí—: Supongo que no debería haber dicho lo que dije.

—No tiene nada de malo que lo dijeras. Lo que me entristece es que llegaras a pensarlo. Bill, nunca he dejado de querer a Anne y nunca dejaré de quererla.

—Pero dijiste... —Me detuve y terminé—. Simplemente no lo entiendo.

—Supongo que no hay razón para esperar que lo entiendas. —George se levantó—. Bill, la ceremonia es a las tres en punto. ¿Estarás vestido y listo más o menos una hora antes?

Vacilé y dije:

—No podré, George. Tengo un día bastante ocupado.

Su cara no reveló ninguna expresión, ni tampoco su voz. Dijo:

—Entiendo —y salió de la habitación. Algo después se fue del apartamento. Al cabo de un rato intenté llamarlo a la oficina, pero el secretario automático soltó automáticamente la vieja cantinela: «¿Sería tan amable de dejar un mensaje?». No lo hice. Supuse que George estaría en casa algo antes de las quince horas y me vestí

con la mejor ropa que tenía. Incluso me puse un poco de la loción de afeitar de papá.

No apareció. Volví a llamarlo a la oficina, y de nuevo oí el «¿Sería tan amable de dejar un mensaje?». Entonces me preparé y busqué el código de la señora Kenyon.

No estaba allí. No había nadie.

El tiempo avanzaba lentamente y no podía hacer nada. Al cabo de un rato eran las quince horas y yo sabía que mi padre estaba en alguna parte casándose, pero no sabía dónde. Sobre las quince treinta salí y fui al cine.

Cuando regresé la luz roja del teléfono estaba encendida. Rebobiné y era papá: «Bill, he intentado localizarte pero no estabas y no puedo esperar. Molly y yo vamos a hacer un viaje corto. Si necesitas hablar conmigo, llama a Servicios de seguimiento, sociedad limitada, de Chicago... Estaremos por Canadá. Volvemos el jueves por la noche. Adiós». Ese era el final de la grabación.

El jueves por la noche; el despegue era el viernes por la mañana.